

ANOTACIONES

EL ALMA DEL HOMBRE



El materialismo siempre ha sido una filosofía popular. Sostiene que el hombre es enteramente mortal y que una vez que muere ese es el fin de su existencia. Esta es la base sobre la cual Julio César una vez argumentó contra la pena de muerte: ¡Que en vista de que una persona perece en la muerte, matándolo remueve de él el mismo castigo que ampliamente merece!

El concepto materialista del hombre aún se infiltró en la fe de ciertos Cristianos del primer siglo (1 Tesal. 4:13-18; 1 Cor. 15:12).

Hoy día el materialismo es tan popular como siempre lo fue. En efecto, entre personas supuestamente religiosas puede ser aún más popular que en el pasado. Que no hay vida más allá de esta parece una creencia común entre los estudiantes adiestrados en seminarios denominacionales. De igual manera es popular entre muchos que quisieran considerarse así mismos como aspirantes intelectuales. La incredulidad de sus profesores ha producido otra generación que hace eco a las creencias antibíblicas de sus maestros.

El peligro para nosotros en la iglesia es doble: Primero, hay siempre el peligro de que las actitudes del mundo influyan en nosotros. Segundo, hay la realidad de que los conceptos denominaciones populares tienen una tendencia a encontrar finalmente defensores aún entre Cristianos genuinos. Como resultado, necesitamos apoyarnos nosotros mismos sólidamente en el hecho de que la Biblia **enseña** la existencia de una vida futura y la sobrevivencia del alma.

Examinemos cortamente algunas de las escrituras que enseñan esa “parte” del hombre que sobrevive a la muerte física:

(1) **Eclesiastés 12:7** - “*Y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio*”. Nótese que es hecha una distinción entre lo que le sucede “al polvo” y lo que le sucede “al espíritu”. Si “el espíritu” significa aquí el cuerpo de carne entonces somos forzados a la conclusión de que “Dios” es **realmente** “la tierra” en vista de que es a donde el “espíritu vuelve”.

(2) **Mateo 22:28-32** - Cristo cita aquí las palabras del Antiguo Testamento, habladas en los días de Moisés: “*Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob*”. Luego Jesús añade lo sobresaliente: “*Dios no es Dios de muertos, sino de vivos*” (v.32). Por tanto, Abraham, Isaac y Jacob deben haber estado aún **vivos** en los días de Moisés - **si** aceptamos el argumento de Cristo de que Dios es solamente “*Dios ... de vivos*”. No obstante, sabemos completamente bien que ellos no estaban vivos en la carne; por tanto, debe haber habido alguna “parte” de ellos (que comúnmente llamamos el “alma”) que sobrevivió a su muerte física.

(3) **Romanos 14:9** - “*Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven*”. ¿Cómo podría ser Jesús “Señor” de alguien que no existe? El término “Señor” implica la habilidad, el poder para mandar. En vista de que El es “Señor” de los muertos, los muertos deben ser capaces de ser mandados. Pero lo que no existe no puede ser mandado. Por tanto, en alguna parte — en alguna forma — los muertos aún deben existir.

(4) **2 Timoteo 4:1** - “*Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino*”. Si no

hay nada en el hombre excepto la carne, el hombre debe dejar de existir cuando la carne muere. ¿Entonces cómo puede Jesús ser llamado el juez de los muertos, cuando los muertos no existen?

ANOTACIONES

(5) **Apocalipsis 14:13** - “*Oí una voz que desde el cielo me decía: Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen*”. ¿Cómo puede la muerte ser bienaventurada (“bendita”) si dejan de existir? ¿Cómo pueden “descansar” si no existen?

(6) **1 Pedro 1:22-25** - Sus almas habían sido purificadas por eso que es incorruptible aún cuando sus cuerpos murieran, implicando que sus almas son imprecederas mientras el cuerpo perece.

(7) **Mateo 10:28** - “*Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno*”. Ahora, si la única “alma” que el hombre tiene es su cuerpo, entonces nuestros semejantes serán capaces de destruir a ambos, simultáneamente, por medio de matarnos. Sin embargo, el punto de Jesús es que nuestros semejantes **¡no pueden** hacer eso! Por tanto, el hombre tiene un “alma” que existe a pesar de lo que el hombre le hace a la carne.

Cristo nos dejó una advertencia en este versículo, que debemos estar preparados para enfrentar: “*... temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno*”. Si negamos la existencia del alma como separada del cuerpo y si nos colocamos firmes en desafío de la voluntad Divina, entonces ciertamente **no** estamos preparados para encontrarnos con El. En lugar de eso, enfrentaremos las más horrendas consecuencias que son el fruto amargo de nuestra propia desobediencia.

(Gospel Anchor, Vol. 1, Pág. 332, Roland Worth, Jr.).